

CARTA DEL SR. OBISPO

¿TAMBIÉN LA GARRETERA?

Queridos diocesanos:

Al ver de lo que va el tema este domingo, podéis tener la impresión de que, desde la Iglesia, no queremos dejar nada fuera. ¡Ninguno pensaréis que es que queremos hasta regular el tráfico! No. No van por ahí las cosas. La cuestión es otra. Os la podría transmitir así: cuando la vida se hace más compleja, a la pastoral se le abren muchas más puertas.

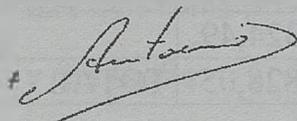
Y eso es lo que pasa con nuestras carreteras. Son la expresión más clara de un nuevo tema social: la movilidad. Cuando salimos, lo solemos constatar: "cuando uno está quietecito en su casa, parece que nadie se mueve", decimos. Basta salir de viaje para darse cuenta de que la carretera se ha convertido en un fenómeno social de primer orden. Y, como todo fenómeno social, tiene una dimensión humana que no puede quedar fuera de unas opciones creyentes que están llamadas a abarcar toda la existencia.

En el complejo fenómeno de este tipo de movilidad entran, en efecto, muchos factores que no son ajenos a una lectura cristiana del mismo. Está, ante todo, la relación con la vida. La elevada cifra de accidentes mortales, sobre todo en los fines de semana o en los tiempos de vacaciones, nos dejan a todos sobrecogidos y asustados. Quizás nos acordamos sólo entonces de una actitud que debería ser habitual: la responsabilidad al volante. Antes de decidirse a cogerlo (necesidad de descanso, condiciones físicas y anímicas...) y durante la conducción (velocidad, respeto a las reglas ...) Hay temeridades en este aspecto que rozan de lleno el quinto mandamiento: el que nos responsabiliza de nuestra vida y de la vida de los demás.

¿Cómo olvidar la responsabilidad específica de quienes deben velar por la consolidación y mantenimiento de unas infraestructuras acordes al volumen de este fenómeno social? Los profesionales del volante son los que más perciben esta necesidad. Ellos tienen un tipo de trabajo especialmente dificultoso. Es verdad que todo trabajo tiene una dimensión dura que es preciso humanizar lo más posible. Pero en la necesaria solidaridad con todos se nos olvida, a veces, incluir al número cada vez mayor de camioneros y conductores de autobuses que circulan por nuestras carreteras europeas. Tiempos prolongados de ausencia familiar, condiciones duras de transporte, responsabilidades sobre mercancías peligrosas... ¡Cuántas veces percibimos de ellos sólo lo que nos impide a nosotros una conducción más ligera y fluida! Os invito a ponerlos en su lugar y a saber comprender.

El período de vacaciones que comenzamos es de especial importancia para este tema. El coche y la carretera serán para muchos, "compañeros" inseparables de los días de ocio. Casi todos sabemos por experiencia cómo nos deshumaniza el volante. A veces, hasta cambiamos de carácter. Se nos olvidan los buenos modales y aquella amabilidad, gentileza, atención y solidaridad de las que hacemos gala en circunstancias normales. ¿Veis? El tráfico no es sólo cuestión de normas..., o de multas, si llega el caso. Es también espacio de humanización de relaciones. Y es también ocasión de encuentro. ¡Cuánto saben de ello las áreas de descanso, los restaurantes de nuestras carreteras, las zonas de especial interés paisajístico! En todos esos lugares hay personas; en todas esas situaciones hay relación; en todas esas actividades debe haber comportamiento. Y por todo eso, este fenómeno social no es ajeno a nuestra vida de fe. ¡Que nada humano nos es extraño! De una manera u otra, todos estamos implicados. ¡Ojalá que también del tráfico podamos hacer un peldaño más para acercarnos a Dios y a los demás como hermanos y no como competidores!

Vuestro Obispo



La carretera se ha convertido en un fenómeno social de primer orden

La elevada cifra de accidentes mortales, sobre todo en los fines de semana, nos dejan a todos sobrecogidos

El tráfico es también espacio de humanización de relaciones. Y es también ocasión de encuentro

